

Eutropio, la conducta de un rey, y casi de un tirano, *regia ac pæne tyrannica*. Era un grande hombre; tanto peor, ó tanto mejor, pues la lección así es más elevada. Sus veintitrés heridas me afectan menos que la saliva escupida á la frente de Jesucristo. César es inmolado por los puñales de los senadores; Cristo es abofeteado por los sirvientes. Allí, donde es mayor el ultraje, se siente á Dios.

Bossuet, dominando desde la parte más alta de un montón de adoquines toda aquella charla, gritaba carabina en mano:

—¡Oh Cidateneo! ¡Oh Mirrimo! ¡Oh Probalinto!
¡Oh gracias de la Eántide! ¿Quién me dará que pronuncie los versos de Homero como un griego de Laurio ó de Edapteón?

III

CLARIDAD Y SOMBRA

Enjolras había ido á hacer un reconocimiento, saliendo por la callejuela de Mondétour y serpenteando á la orilla de las casas.

Los insurrectos estaban llenos de esperanza. La manera como habían rechazado el ataque de la noche, les inducía casi á despreciar de antemano el ataque de la mañana. Aguardábanle sonriéndose, y creían en el triunfo, tanto como en la causa que sustentaban.

Por otra parte, iba á llegarles evidentemente un socorro y contaban con él. Arrastrados por esa facilidad de profecía victoriosa, que es una de las fuerzas del francés en la lucha, dividían en tres fases seguras el día próximo á clarear: á las seis de la mañana, la unión de un regimiento *que estaba ganado*; á las doce, la insurrección de todo París; á la puesta del sol, la revolución.

Oíase la campana de Saint-Merry, que no había cesado un solo minuto de tocar á rebato desde la víspera; lo cual probaba que la otra barricada, la grande, la de Juana, seguía resistiendo.

Todas estas esperanzas se comunicaban de uno á otro grupo en una especie de murmullo, á un tiempo

alegre y formidable, que se parecía al zumbido belicoso de una colmena.

Enjolras apareció de nuevo. Volvía de su sombrío paseo de águila en la obscuridad exterior. Escuchó un instante la expresión de aquella alegría, con los brazos cruzados y la mano en la boca. Después, fresco y sonrosado, en medio de la blancura matinal y creciente, dijo:

—Todo el ejército de París está sobre las armas. La tercera parte de ese ejército pesa sobre la barricada que defendéis, y, además, la Guardia nacional. He distinguido los chacós del quinto de línea y las banderas de la sexta legión. Dentro de una hora seréis atacados. En cuanto al pueblo, ha mostrado ayer efervescencia; pero hoy ya no se mueve. No hay nada que esperar; ni un arrabal, ni un regimiento. Estáis abandonados.

Estas palabras cayeron sobre los bulliciosos grupos, causando el efecto de la primera gota de tempestad que cae sobre un enjambre. Todos quedaron mudos. Hubo un momento de inexplicable silencio, en que se habría oído volar á la muerte.

Este momento fué corto.

Una voz, que salió del fondo de los grupos, gritó á Enjolras:

—Bien está. Elevemos la barricada á veinte piés de altura y muramos todos. Ciudadanos, hagamos la protesta de los cadáveres. Mostremos que si el pueblo abandona á los republicanos, los republicanos no abandonan al pueblo.

Aquella palabra expresaba, desprendiéndose de la penosa nube de ansiedades individuales, el pensamiento de todos, y así fué acogida con entusiastas aclamaciones.

Jamás se ha sabido el nombre de la persona que habló así; alguno de esos que visten blusa, ignora-

do, desconocido, olvidado; un héroe del momento; ese grande anónimo que se mezcla siempre en las crisis humanas y en los génesis sociales, y que, en un instante dado, pronuncia con tono sublime la palabra decisiva, desvaneciéndose en las tinieblas, después de representar por un minuto, á la claridad de un relámpago, al pueblo y á Dios.

Esta inexorable resolución era tan unánime entre los sublevados del 6 de junio de 1832, que casi á la misma hora, en la barricada de Saint-Merry, se lanzaba este grito, conservado por la historia y del cual hace mención el proceso:

—Désenos ó no auxilio, ¡qué importa! Muramos aquí hasta el último.

Las dos barricadas, según se ve, aunque aisladas materialmente, se comunicaban entre sí.